

en Atenas por el poderoso génio crítico de Sócrates, es Anáxagoras, el maestro de Perikles. Este fué el primero que habló de una alma inteligente que lo penetraba todo y lo había ordenado todo. Hablando de él, decía Aristóteles: Cuando un hombre proclamó que, como en los animales, había en la naturaleza una inteligencia, causa del arreglo y del orden universal, este hombre pareció el único que gozaba de la razón entre insensatos. Así, pues, del Oriente había venido la luz; esto que llamamos la civilización humana, porque es el patrimonio de la fracción de la humanidad que ha progresado sin cesar y que ha llegado á la conciencia de ese progreso, se había levantado en Egipto, había unido sus destellos á los de los pueblos semitas y cananeos del Asia y dispersando sus influencias al través del sombrío simbolismo naturalista de sus religiones, penetró el espíritu del occidente helénico por incasantes infiltraciones, hasta suscitar una cultura en la que el alma del hombre, mostrándose en toda su libertad y su gracia, encontró un molde inmortal. Así pues, la originalidad sublime del génio griego, no arguye una solución de continuidad en la historia de la civilización.

Reina y señora de la Grecia, por el arte y por el talento, Atenas había recogido los más puros de esos fulgores y con ellos coronaba la frente olímpica de Perikles. Templos de mármol se elevaban como por encanto, bellísimas estatuas eran dedicadas todos los días á los dioses, y en medio de la fiesta perpetua de aquella ciudad coronada de violetas, como la llamaba Píndaro, una multitud de filósofos, de artistas, de curiosos del Asia, de la Europa y del Africa, depositados en el Peireus por innumerables naves que traían las mercancías de todos los países, vagaba acogida fraternalmente por aquella orgullosa y espiritual democracia, desde las Propyleas, en que admiraba á Polignoto,

hasta el Parthenon en que adoraba á Feidias, y desde el teatro en que lloraba oyendo la Antígona de Sófokles, hasta el Pnyx, en donde Perikles conducía á Atenas con la rienda de oro de su elocuencia augusta. Aquella fué una hora única en la historia del mundo antiguo.

GUERRA DEL PELOPONESO.—Ya hemos dicho que el sentimiento de autonomía de las pequeñas fracciones de la Grecia, y el modo riguroso con que Atenas ejercía su imperio marítimo, provocaba su impopularidad entre sus aliados y súbditos, que una vez pasado el peligro, solo veían los cargos que soportaban y no los beneficios recibidos. A este elemento de conflictos futuros se agregaba la envidiosa desconfianza con que Esparta observaba la creciente grandeza de su nueva rival. La guerra debía de estallar tarde ó temprano. Los habitantes de Korkyra, antigua colonia de Corinto, en lucha abierta con su metrópoli invocaron al auxilio de Atenas con buen éxito, logrando así sobreponerse á sus enemigos, éstos buscaron la ayuda de Esparta, alegando que los atenienses habían violado la tregua, no sin cierta justicia, en nuestra opinión, á pesar de la muy respetable de Grote. Entre tanto Potidea, (en una de las tres subpenínsulas de la Calkidia), sacudía sus deberes de aliada para con Atenas á instigación de los Corintios y de Pérdikkas, rey de Macedonia, renombrado por su perfidia. No sin una lucha seria, los atenienses logran bloquearla, y así se puede decir que tuvo principio la guerra que se ha llamado del Peloponeso, formalmente decidida por Esparta el año de 432 ántes de J. C., en una solemne asamblea á que los atenienses concurrieron. Perikles fué el alma de la resistencia en los primeros tiempos de la lucha. En vano los espartanos y los atenienses oligarcas, le suscitaron los más terribles obstáculos, logrando privarle de sus amigos, como Feidias y el filósofo Anáxagoras y exponer con una acusación

de impiedad á su ilustre manceba Aspasia, el pueblo subyugado por el ascendiente moral del grande hombre acababa siempre por ponerse de su lado. Las invasiones desastrosas del Atica, comenzaron á la vista de los atenienses, que encerrados en sus murallas por consejo de Perikles, contemplaban llenos de ira la total destrucción de sus propiedades. Para colmo de desdichas, la peste, (una fiebre tifóidea segun M. Littré), convirtió á la ciudad sitiada en un inmenso cementerio desde el Akropolis, hasta Peireus-Perikles, á quien se echaba la culpa de tanto infortunio, mantuvo su ascendiente incólume á fuerza de elocuencia y de razón. Fué aquel su último triunfo. Privado de sus herederos legítimos por la epidemia y agobiado quizá por la inquietud del porvenir, Perikles murió, amado y admirado por el pueblo más que nunca. Quería que la posteridad hiciese su elogio, diciendo que jamas había hecho tomar luto á uno solo de sus conciudadanos por su culpa.

Perikles no fué ni un corruptor, ni un demagogo. Todo su dominio lo pidió á la razón, toda su fuerza al desarrollo de la idea democrática. Esa Atenas llegada á la cima de la civilización, y que un pensador ha llamado la verdadera ciudad santa de la humanidad, es la Atenas de la época de Perikles (429).

Los lacedemonios habían tratado de contrabalancear la superioridad marítima de sus enemigos; pero en vano sus corsarios habían causado algunos daños al comercio de los atenienses, éstos llevaban las represalias á las costas del Peloponeso, con el objeto de distraer á los espartanos de sus expediciones periódicas en el Atica, que en los primeros seis años de la guerra, fué invadida cinco veces. Mientras los espartanos y tebanos bloquean estrechamente á Platea, la fiel aliada de Atenas, Potidea cae en poder de los sitiadores, y Formion humilla en las cercanías de Naupaktos á la flota peloponesa.

La impopularidad de Atenas empezó á producir sus frutos con la insurrección de la isla de Lesbos. Mitylene es sitiada y el año de 427 tomada por Paqués. Aquí hace Thucydides mención por vez primera de Kleon, demagogo que intentaba á fuerza de violencia de lenguaje y de consejos reemplazar el sereno ascendiente de Perikles, en el pueblo de Atenas, pero que no carecía de valor y de virtudes cívicas, á pesar de la mofa sangrienta de Aristófanes, (v. la comedia "Los caballeros"); Kleon propuso las más terribles medidas contra los vencidos de Mitylene y el pueblo las aceptó, pero arrepintiéndose á poco, solo ordenó la muerte de mil rebeldes. Esto suscitó de parte de los peloponesos una cruel represalia al apoderarse de la heroica Platea. Nikias comienza á figurar entonces; hombre piadoso, prudente, inmensamente rico, colocado por su posición al frente del partido oligárquico y que fué primero opuesto á Kleon y á Alkibiades despues. Por los años de 426 los brillantes triunfos de Demosthenes, general de Atenas en Akarnania, parecieron dar una seria ventaja en el conjunto de la guerra á los atenienses. Al efectuarse la quinta invasión del Atica (425), Demosthenes con una flota trató de situar en la costa del Peloponeso un fuerte permanente y se fijó en Pylos. Los lacedemonios animados por un jóven héroe, Brásidas, atacaron á Demosthenes, pero la flota ateniense destruyó á la contraria y bloqueó al destacamento espartano encerrado en Sfakteria. Los lacedemonios quisieron entonces la paz, pero Kleon se opuso y, por las maniobras de sus enemigos, fué enviado con refuerzos á Pylos. Esta campaña tuvo completo éxito, debido en buena parte á Kleon, y terminó con la rendición de los hoplitas espartanos; hecho inaudito que causó profunda sensación en la Grecia y desprestigió á Esparta. Posteriormente las operaciones de los atenienses en Beocia tomaron un aspecto

en extremo desfavorable para ellos, pues gracias á la profundidad de la falange tebana, sufrieron una seria derrota. En esta campaña se distinguieron, Sócrates, su discípulo Alkibiádes, sobrino de Períkles y el jóven Xenophonte á quien salvó en la batalla de Delion, como había salvado á Alkibiádes en Potidea. En Thracia las cosas tomaron un carácter igualmente siniestro para Aténas. Brásidas despues de habilísimas maniobras logró apoderarse de Anfípolis, brillante colonia ateniense, gracias á la negligencia de los strategos atenienses, uno de los cuales, el historiador Thucydides, fué justamente castigado con el destierro.

Durante el invierno de 424 á 423 empezaron las negociaciones por la paz, pero fueron su principal obstáculo Brásidas entre los espartanos, y Kleón en Aténas. La campaña de Tracia continuó, pues, terminando con la victoria de los de Esparta en Anfípolis, en la que perdieron la vida los dos generales Brásidas y Kleón. En Marzo de 421 se celebró por fin la paz, que se llamó la paz de Nikias.

La paz de Nikias fué precaria. En primer lugar los lacedemonios violaron sus condiciones, no devolviendo Anfípolis, mientras los atenienses daban libertad á los cautivos de Sfakteria; luego los aliados se oponían de tal modo á la paz, que llegaron á proponer á Argos, que se colocase al frente de una liga del Peloponeso contra Aténas y Esparta; por último, un cambio de eforos en Esparta, enemigos de Aténas, hizo prever la pronta renovacion de la lucha. Alkibiádes se hizo el abogado de la guerra en Aténas. Este hombre singular dotado de grande energía y habilidad en los negocios públicos, que recibía en el regazo de las cortesanas las lecciones de Sócrates, pródigo, desenfrenado, carácter sin principios que solo inspiraba el recelo y el temor, se empeñó en llevar á buen fin, una alianza entre Aténas y Argos y lo consiguió, lo cual era ya una

ruptura con Esparta. Bajo estos auspicios se celebró la 80.^a olympiada, (julio de 420), en la que Aténas fué representada por Alkibiádes que dejó con su pompa deslumbrados á los griegos. Á instancias de este atrevido aventurero, Argos emprendió la lucha, y despues de algunas peripecias fué vencida totalmente en Mantinea; fué el resultado de esto la alianza de Argos y Esparta que aún continuaba en paz nominalmente con Aténas.

La Sicilia.—En la isla en que iba á tener lugar un episodio decisivo de la guerra del Peloponeso, habían llegado á un alto grado de prosperidad las colonias helénicas, (v. págs. 107 y 108). Sobre Siracusa preponderaron primero Gela y Agrigente; en esta última dominó por los años de 570 ántes de J. C. el famoso tirano Faláris, que había mandado fabricar un toro de bronce en cuyo seno calentado hasta enrojecerlo, eran encerradas las víctimas. (1). Como en las ciudades de la Grecia, en las de Sicilia á los oligarcas habían sucedido los déspotas. En 509 un príncipe espartano, Doreus, hermano del famoso Leonidas, hizo una tentativa de colonizacion en Sicilia, despues de haber fracasado en una empresa análoga en la Lybia; pero como en Africa, los cartagineses se opusieron, logrando al fin vencerle y matarle. Éste es el primer episodio conocido de la lucha sangrienta en que africanos y europeos se habían de disputar la Sicilia y que terminó en las guerras púnicas. En el ejército de uno de los déspotas á que aludimos ántes, y que en Sicilia como en Grecia, encarnaron en realidad el primer paso del gobierno popular, de Hippókrates de Gela, se distinguió un oficial llamado Gelon, que acabó por apoderarse del poder en Gela primero, y en Siracusa despues. La prosperidad de esta ciudad

(1) El toro de Faláris era probablemente una estatua de Baal-Molok, el dios fenicio. Los cartagineses se apoderaron de él cuando tomaron á Agrigente, y Scipion lo devolvió á Agrigente cuando venció á Cartago.

bajo Gelon fué inmensa; el tirano arrojó de ella á los miembros del partido popular y los vendió como esclavos; conquistó despues varias ciudades, y en 481 cuando los embajadores griegos se dirigieron á él para obtener su auxilio contra los persas, puso por condicion que se le había de dar el mando del ejército. Pero por ese mismo tiempo los cartagineses, de acuerdo probablemente con Jerjes, invadieron la isla y los sicilianos les infligieron en Himera una sangrienta derrota que coincidió con la de los persas en Salámis. El desastre de Hamilkar y sus cartagineses, fué tal, que sólo se escapó de la flota púnica una embarcacion que fué á llevar la noticia á Cartago. Despues de esta victoria la supremacia de Gelon fué incontestada y murió en el colmo del poder. El más notable de sus sucesores fué Hieron, á quien ha celebrado el gran poeta cumplimentero, Píndaro, y que gracias á su astucia y á su buena suerte, llegó á ser más realmente dueño de la Sicilia que su hermano Gelon. Muerto Hieron, su hermano Trasíbulos, se hizo profundamente impopular en Siracusa, los habitantes de esta ciudad se sublevaron, le arrojaron y despues de una lucha llena de sangrientas peripecias, y entre la confusion que causaba en muchas ciudades la nueva poblacion mercenaria, introducida por los gelonitas, predominaron en las ciudades griegas de la isla, los gobiernos populares. Si á la natural inestabilidad de estos gobiernos democráticos, se añade la mezcla de razas, de dialectos, de religiones, que caracterizaba la poblacion de la Sicilia, no sólo en su origen, sino en los tiempos en que los déspotas protegieron la inmigracion y el mercenarismo, se comprenden en orígen. Siracusa, que era la ciudad de la isla, se vió expuesta primera vez á los ataques de los cartagineses y se sabe que, como un medio de reprimirlos, ensayó, aunque por muy poco tiempo, la institucion del ostra-

cismo. Sin embargo, su poder en el exterior se acentuaba cada vez más y pudo enviar sus escuadras á batir á los piratas tirrenos en sus antros de Córcega y Elba. Por este tiempo (452 ántes de J. C.), tuvo lugar el episodio de Dukecios, jefe sikel, que intentó predominar en la isla y que fué vencido por los siracusanos y agrigentinos reunidos. Viéndose perdido Dukecios, penetró de incógnito en Siracusa y se sentó como suplicante al pié del altar de un dios; el pueblo le perdonó; pero él, despues de haberse retirado á Corinto, volvió á la isla, y aprovechándose de la guerra que había estallado entre Siracusa y Agrigente, quiso satisfacer su antigua aversion; pero le sorprendió la muerte, y los siracusanos, despues de haber vencido á sus rivales, se apoderaron de las conquistas del héroe sikel.

A pesar del inmenso ascendiente que estas circunstancias favorables dieron á Siracusa, Agrigente parece haberla superado en esplendor, gracias á su comercio constante con el Africa líbica y cartaginense. Y á esta época de prosperidad de la Sicilia, corresponde un gran movimiento intelectual del que fueron los principales representantes Empedócles, el filósofo pitagórico formulador de la teoría de los cuatro elementos, Tísias y Kórax en Siracusa, y Górgias, el retórico, en Leontini. Al mismo tiempo florecían en Elea (Italia meridional), Zenon y Parmenides.

Al empezar la guerra del Peloponeso, la antipatía entre las ciudades jónicas y las dóricas, creció en la isla en proporcion que en Grecia tomaba incremento la lucha. Siracusa al frente de los dóricos insulares, atacó á las ciudades jónicas; éstas pidieron auxilio á Aténas que mandó á las órdenes de Eurymedon. El resultado de las operaciones en el estrecho de Messina era indeciso, á pesar de haberse unido á los atenienses una tercera escuadra mandada por Eurymedon.